



No teníamos opción. Avanzamos. Pronto el camino se transformó en un puente colgante sobre un oscuro abismo. Estaba construido con delgadas varillas de metal, y para saber si soportaría nuestro peso, una vez más, marché primero: no solo era el más pequeño, también el más liviano. Antes de partir, mi hermana y yo quedamos unidos por medio de una soga atada a nuestras cinturas.

En la mitad del recorrido, el puente empezó a sacudirse cual perro que intenta librarse de una pulga. Un sudor helado recorrió mi cuerpo.

–No te detengas –insistió Ágatha–, falta poco.

Con el impulso de mi último paso, la estructura del puente colapsó y cayó dando tumbos en las profundidades del abismo.

Mi hermana y yo nos miramos en silencio. La soga nos mantenía unidos. Ágatha me hizo un gesto imperativo para que amarrara la cuerda a una estalagmita.

–¡Estás loca, no vas a poder cruzar! –dije desesperado.



–Ya no podemos regresar, lo sabes.
Lo único que nos queda es avanzar cuanto
podamos. Esta brecha no me lo va a impedir. Rápi-
do, anuda bien esa sog a.

Mientras yo obedecía, mi hermana tomó el otro extremo, lo pasó a través de las correas de las mochilas y lo ató a una roca puntiaguda. Se aferró a la sog a con manos y pies, como un koala abrazado a una rama, y con sorprendente coraje comenzó a cruzar el abismo. Unos chillidos que surgían de las profundidades del